

Avergonzaos á vista del grande siervo que veneramos en este dia, confundios al verle con tantas dificultades para servir á Dios, y cómo las vence, y muestra ser siervo fiel; cuando vosotros sin tantos impedimentos os entorpeceis en el ocio, y sois siervos inútiles: animaos, pues, y sirvaos de ejemplar san Carlos Borromeo: si fué viviendo en el mundo protector de nuestro reino, ¿por qué ahora viviendo en el cielo no lo ha de ser de los que procuren imitarle?

¡O Carlos, siervo fidelísimo! aun en la gloria podeis lucrar para Dios con vuestra grandeza: aun allá podeis hacer útil para Dios vuestra dignidad: todavía sois nuestro protector, emplead esta dignidad en alcanzar de Dios que nos haga buenos siervos acá en la tierra, para que logremos gozar despues de su liberalidad en el cielo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN CÁRLOS BORROMEIO,

ARZOBISPO DE MILAN.

(DE TRONCOSO.)

Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.

Hé aquí un gran sacerdote que durante su vida levantó de nuevo la casa del Señor, y en sus tiempos fué el restaurador del templo.

Eclesiástic. c. 50. v. 1.

Si hubo jamas un héroe á quien pudiesen aplicarse en toda su verdad las palabras con que el autor del libro del Eclesiástico traza el elogio del grande hijo de Onías, es sin duda el santo cuya festividad celebra hoy la iglesia nuestra madre. ¡Carlos Borromeo! Hé aquí un nombre que despierta desde luego las ideas mas sublimes de virtud, de santidad y de celo por la gloria de Dios y de su inmaculada esposa. Recordar su memoria es lo mismo que renovar todo cuanto de mas honroso puede haber en el sacerdocio católico, es decir, cuanto de mas admirable decirse puede en elogio de esa tribu escogida para ser el sosten del grandioso edificio que Jesucristo fundára en la tierra, para depositar en él su verdad y su doctrina; es pintar, en una palabra, al gran sacerdote que admirado contempló el siglo XVI, que reuniendo en su persona las mas brillantes cualidades, no solo sirvió al Señor con toda fidelidad siendo el ejemplar vivo de sus contemporáneos, sino que, destinado al ministerio de los altares, hizo renacer la antigua disciplina de

la iglesia, devolvió al culto su esplendor, reformó el clero y fué la piedra angular del templo del Señor : *Sacerdos magnus qui in vita sua suffulsit domum et in diebus suis corroboravit templum.*

Tal se presenta á nuestra vista el dignísimo arzobispo de Milan, cuya vida ha sido y será siempre la norma de los sacerdotes, el ejemplar de los prelados, el consuelo de los fieles, un motivo de gloria para la religion, y de ignominia para la impiedad. ¿Cuándo se vió mas honrada la púrpura romana que en los dias de Cárlos Borromeo? ¿Cuándo se dejó ver mas respetable el obispado que cuando este virtuosísimo prelado ocupó la silla del grande Ambrosio? Cuándo la inmoralidad recibió golpes mas funestos que cuando este celosísimo pastor trabajando de consuno con los padres del concilio de Trento atajaba los desórdenes, anatematizaba los vicios, y oponia un poderoso dique al torrente devastador de la corrupcion que osara invadir el ameno campo de la iglesia? ¡Ah! si me fuera permitido detenerme en hacer una bella pintura de este sacerdote del Altísimo, yo recogeria las flores que la sabiduría esparciera sobre el sepulcro del gran Simon, y aplicándolas á nuestro héroe, os diria que en sus dias se renovaron los manantiales de las aguas de la verdad, difundiendo como un mar en toda la sobre haz de la tierra; que brillaba en el templo del Señor como el lucero de la mañana entre tinieblas, como la luna en toda su plenitud, como el sol en medio del dia, y como el arco iris entre las transparentes nubes; que el olor de sus virtudes era semejante al de la rosa en tiempo de primavera, al de la azucena que crece junto á la corriente de las aguas, y al del árbol del incienso que despide su fragancia en tiempo del estío; que en el ejercicio de sus funciones parecia un olivo que retoña ó un cipres que por su altura descuella sobre todos los demas árboles, ó mas bien una hermosa palmera cercada de sus renuevos. (*Ecci. L. 3 et seq.*)

Pero dejemos aparte estas imágenes brillantes, y busquemos en la vida del insigne san Cárlos Borromeo el verdadero carácter que le distingue entre los demas descendientes de Aaron. Yo advierto en él desde luego una exacta observancia de la disciplina canónica que le hace el modelo de todos los prelados, y un celo ardoroso en mantener intacto el sagrado depósito de la doctrina de la verdad, que le constituye su restaurador : y

bajo este punto de vista voy á considerarle en el presente discurso. Esto solo bastará para formar la idea mas completa de su santidad, y para estimularse á seguir sus ejemplos. Cárlos Borromeo fué, pues, un gran sacerdote, porque viviendo en todo conforme á las leyes de la disciplina eclesiástica, sostuvo en su persona toda la grandeza y santidad del ministerio sacerdotal : *In vita sua suffulsit domum.* Primera reflexion. Cárlos Borromeo fué un gran sacerdote, porque con su celo infatigable restituyó á la disciplina su antiguo esplendor, reformó las costumbres del clero, y reparó las quiebras que habia sufrido el ministerio sacerdotal : *In diebus suis corroboravit templum.* Segunda reflexion.

Invoquemos la gracia del Señor para poder desempeñar dignamente este asunto, poniendo por intercesora á la Virgen de vírgenes; y á fin de obtener su mediacion poderosísima, valgámonos de aquellas sublimes palabras con que en Nazaret la saludara el celestial enviado, diciéndola con él : *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

No dudo que nada hay insignificante en los santos, y que aun las mas minuciosas circunstancias de su infancia, suelen ser presagios indefectibles de su futuro heroismo. Gustosamente me detendria yo en referiros los pormenores de la niñez de san Cárlos Borromeo, si no me lo impidiesen una muchedumbre de hechos portentosos que desde luego se agolpan en mi memoria y que deben arrastrar toda nuestra atencion. Baste decir que en el momento en que se dejó ver en el mundo esta criatura privilegiada, el castillo de Arona su cuna, se vió rodeado de una luz tan resplandeciente, que dió motivo á formar sobre el tierno recién nacido las mas felices conjeturas. Unido esto á la buena índole que desde luego manifestó, á sus inclinaciones en un todo conformes con la mas pura virtud, á su amor al retiro, y á los actos de piedad que formaban sus mayores delicias, no hubo quien no le considerase destinado por Dios para ser uno de sus mas dignos ministros. ¿Qué sería cuando despues de algunos años, abrazando el estado eclesiástico, se le vió separarse de todas las compañías, dedicarse al estudio continuo de la ciencia sagrada, hacer del templo su morada,

orar con un fervor edificante, y distinguirse entre todos los de su clase por una exactitud nada comun en la observancia de la mas severa disciplina? ¡Ah! No se engañó en su juicio aquel digno sacerdote de Milan, que, pasmado á vista de la precoz virtud del jóven Cárlos, anunció que un dia habia de ser una gran columna de la iglesia.

En efecto, no bien habia dado los primeros pasos en la carrera clerical, cuando se advirtió en él todo el espíritu de un hombre consumado en la virtud y en la ciencia de los santos. Condecorado con una pingüe abadía, solo pensó en hacer á los pobres participantes de todas sus rentas, pues que él no se consideraba sino como un mero depositario de ellas, y juzgaba un sacrilegio abusar torpemente del patrimonio de los miembros menesterosos de Jesucristo. ¡Que ejemplo tan admirable en unos dias en que el interes y la venalidad habian invadido el santuario, y degradaban el sublime carácter del sacerdocio! Pero Dios que le destina á ser el ejemplar vivo de la tribu escogida en la observancia exacta de la disciplina eclesiástica, abre ante su vista un vasto campo en donde pudiese desarrollar todo el heroismo de su gran virtud.

Acababa de ser sublimado al sumo pontificado Pio IV, tio de nuestro héroe. Tan luego como se sentó en el solio, le llama á su corte; le nombra cardenal, arzobispo de Milan, y le confía la administracion de los negocios mas arduos de la iglesia. ¡Terrible tentacion para un jóven que solo contaba á la sazón veinte y dos años de edad! Mas no, no era Cárlos del número de aquellas almas pequeñas que viéndose en la elevación, se olvidan de sus deberes, y todo lo sacrifican al fausto y á la gloria mundanal. Modesto, humilde, desprendido de todo cuanto deslumbra la vista de los mundanos, miró su nuevo estado como una carga pesada que hubiera abandonado gustoso si la obediencia no le obligara á llevarla, y como un nuevo motivo que le obliga á mayor perfeccion. ¡Con qué integridad llena los deberes de su mision! Con qué celo se aplica á los arduos negocios de la iglesia que le están confiados! ¡Con qué anhelo procura fomentar el decoro del culto y el esplendor de los divinos oficios! En vano el artificio intenta corromper su corazon para hacerle desviar de la justicia en la distribucion de los beneficios y dignidades de la corte de Roma. Imparcial y recto por deber y por conciencia, examina minuciosamente

el mérito y cualidades de los que los pretenden, y jamas deja vencer la balanza de la justicia hácia el favor ó la influencia humana, siquiera su incorruptibilidad le granjee odios y enemistades sangrientas. Si alguna vez hizo uso del ascendiente que le proporcionaban los vínculos del parentesco con la suprema cabeza de la iglesia, solo fué para apoyar las pretensiones justas, para sostener los derechos del desvalido contra las violencias del poderoso, para defender á la viuda y al huérfano, para proporcionar socorros al menesteroso, y alentar el ingenio que yacia en la indigencia.

Si le contemplais ejerciendo el oficio de penitenciario mayor de Roma, admirareis en él una prudencia consumada junto con la caridad mas ardiente hácia los pecadores que llegaban al santo tribunal de la reconciliacion. Es un padre que tiende los brazos á unos hijos á quienes ama entrañablemente, y les exhorta á volverse á aquel Dios á quien abandonarán. Es un maestro que instruye á los ignorantes en los misterios de la fe, para que no perezcan por no saber lo que les conviene para obtener la salvacion. Es un médico que aplica el dulce bálsamo del consuelo y de la esperanza sobre unos corazones ulcerados por la culpa, y vendar las heridas de unas ovejas á quienes el lobo devorador acometiera por haberse descarriado del aprisco del eterno Pastor. Es en una palabra, el ángel del Señor que moviendo de tiempo en tiempo las saludables aguas de la piscina misteriosa de Siloé, restituye la salud á una innumerable muchedumbre de enfermos que no podian dar un paso en los caminos de la salvacion.

De este modo edificaba san Cárlos con su ejemplo á aquella ciudad de Roma, que no podia ménos de admirar en su persona todas las dotes que constituyen á un verdadero sacerdote del Altísimo. Mas ¡ah! el corazon de nuestro héroe no estaba tranquilo. Ausente de Milan, cuyo pastor era, día y noche pensaba en su grey; ardia en vehementes deseos de apacentarla por sí mismo con los saludables pastos de la doctrina y el ejemplo; veces mil habia manifestado estos deseos al sucesor de Jesucristo, y habíalos apoyado con ruegos y lágrimas; pero sus instancias habian sido infructuosas. El sumo pontífice, que no queria desprenderse de un hombre cuyos servicios eran tan importantes á la iglesia, le retenia á su lado á despecho de sus continuas representaciones. Pero llegó al fin el momento

tan deseado de aquel corazón paternal; sus reiteradas súplicas inclinaron el corazón del pontífice á concederle el beneplácito para restituirse al seno de su rebaño. ¡Regocíjate, oh grey dichosa! ya tienes en medio de tí ese gran sacerdote que el cielo te destina para ser tu conductor fiel, tu padre tierno y tu perpetuo bienhechor! ¡Feliz y venturoso pueblo si sabes aprovecharte de los ejemplos de ese ángel que va á llevarte el eterno testamento de Dios, y con él la verdadera dicha!

¿Quién podrá referir la vida admirable de san Carlos y sus virtudes heroicas en el cumplimiento de su ministerio pastoral? No bien hubo tomado posesion de su nueva morada, cuando estableció en ella la mas severa reforma y la mas exacta disciplina. No se veía en ella sino la mas modesta sencillez, tanto en los muebles como en su mesa y en todo lo demas que pertenecía á su servicio. Despójase de todos sus beneficios, vende dos grandes estados que le pertenecieran de la herencia patrimonial, enajena hasta sus mas preciosos ornamentos, y emplea el producto de ellos en alimentar á los pobres, en dotar doncellas menesterosas, en fundar asilos para la humanidad doliente, y en procurar todo el bien posible á sus ovejas, por quienes no duda reducirse á sí mismo á la mas estrecha necesidad. ¿Quién ignora que llegó ocasion en que ni aun cama en que dormir le quedára porque la habia dado á los pobres? A la beneficencia corporal une la beneficencia espiritual. Ve sus pueblos hambrientos de la divina palabra, y como buen pastor recorre toda su diócesis repartiendo el pan de la doctrina en proporcion de la necesidad. Los ve sedientos de la gracia, y como padre tierno no cesa de administrarles los sacramentos, que son las fuentes perennes de la vida y de la inmortalidad. Los ve amenazados por el monstruo del error que comienza á hacer tentativas para introducirse en sus dominios, y como centinela vigilante, no descansa día y noche hasta haberle ahuyentado ignominiosamente.

¡Oh pueblo de Milan! tú mejor que nadie podrás decirnos lo que fué tu pastor, trayendo á la memoria aquellos dias de luto y de angustia universal en que te viste sumergido bajo la pesada mano de un Dios vengador é irritado. Yo te contemplo hecho un lúgubre teatro, por donde la muerte se pasea haciendo caer al golpe de su guadaña millares de víctimas heridas por un contagio horrible. Veo á los poderosos abandonar pre-

cipitadamente tu recinto por no ser sorprendidos de ese azote terrible. Tus muros encierran solamente una muchedumbre de pobres desvalidos, que en vano alargan una mano suplicante para pedir algun auxilio. No hay quien escuche el clamoroso quejido de las víctimas; ni uno solo que se atreva á acercarse al lecho del moribundo; nadie que derrame un bálsamo consolador sobre tantos corazones afligidos... ¡Mas hé ahí el ángel de la paz; espera, consuélate, humanidad desventurada, tu pastor no te ha abandonado! En medio del desaliento universal, Carlos Borromeo se presenta en medio de aquel espectáculo punzador. Su corazón se derrite en afectos de compasion; visita los asilos del dolor, pasa al triste hogar de la viuda por entre la multitud de cadáveres hacinados en las calles y plazas; corre de aquí á allí donde quiera que hay enfermos que consolar y socorrer; hácese todo para todos; á estos confiesa, á aquellos exhorta á morir cristianamente; ora lleva á los unos las medicinas necesarias para curar sus cuerpos, ora administra á los otros los auxilios indispensables para que no perezcan sus almas. En vano hombres cobardes y egoistas le aconsejan que huya de aquella ciudad en donde nada hay mas que infeccion y horror... ¿Huir? ¡Cómo! ¿No es un deber del buen pastor el dar su vida por sus ovejas! ¿Pudiera Carlos abandonarlas precisamente cuando mas necesitaban de su presencia? En manera alguna. A su lado permanece constante; con ellas padece, con ellas llora, con ellas clama al cielo, y como el Aaron destinado á ser el mediador entre Dios y el pueblo, quema ante las divinas aras el incienso, sacrifica la víctima sin mancha, cúbrese de cilicio y ceniza, y con una cuerda al cuello en señal de penitencia, se ofrece á la justicia divina en holocausto por su amada grey.

Hé ahí el gran sacerdote que en sus dias supo agradar á Dios, y en el tiempo de la indignacion del Eterno fué el reconciliador del cielo con la tierra. Jamas se vió otro que mejor que él supiese observar la ley del Excelso, y por eso le engrandeció en medio de su pueblo (1). Sí, católicos, jamas se borrará de los fastos de la historia este rasgo de heroísmo: jamas olvidará Milan que tuvo un pastor á quien debió los mas importantes servicios en los dias de su mayor conflicto. El nombre

(1) *Ecci. c. 44.*

de san Carlos Borromeo no será ménos grato á los habitantes de esta ciudad, que á los de Cartago el de los Ciprianos, y el de los Gregorios á los de Neocesarea. Cerca de tres siglos han pasado ya, y su memoria no ha podido disminuirse. La fama de sus virtudes renuévase de día en día, como se renuevan los retoños de un árbol frondoso á quien sin cesar riegan las aguas del manso arroyuelo: porque sus ejemplos permanecen hoy como entónces, y diariamente producen nuevos frutos de santidad.

Aprendamos todos los que estamos investidos del sublime carácter del sacerdocio las estrechas obligaciones que están anejas á este ministerio divino. Tomemos por ejemplar de nuestra conducta á san Carlos Borromeo, y hagámonos un deber de observar en todos sus puntos la disciplina de la iglesia. No le olviden jamas los que están puestos por el Espíritu santo para ser los pastores del rebaño de Jesucristo y rectores de su divina esposa. Siguiendo sus huellas, llenarán un deber de que no pueden desentenderse sin una estrecha responsabilidad, cual es la residencia en sus diócesis, ínterin no se lo impidan causas justas y gravísimas; serán la providencia visible de su grey, por cuya salvacion sacrificarán, si es menester, hasta su propia vida; trabajarán infatigablemente en proveer á sus ovejas de los auxilios que reclaman sus necesidades; serán, en una palabra, todos de Dios y de sus pueblos, á quienes se han unido con los mas estrechos vínculos.

Así lo hizo, señores, nuestro santo, y de este modo mereció el dictado de gran sacerdote, porque viviendo en todo conforme á las leyes de la disciplina eclesiástica, sostuvo en su persona toda la grandeza y santidad del ministerio sacerdotal: *Sacerdos magnus qui in vita sua suffulsit domum*. Réstanos ver cómo trabajando con infatigable celo por la observancia de la antigua disciplina, reformó los costumbres del clero y reparó las quiebras que habia sufrido el ministerio sacerdotal. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Los pastores de la iglesia son, segun el divino oráculo, otras tantas antorchas destinadas á alumbrar en la casa de Dios; no solo con sus ejemplos, sino tambien con su doctrina. Al tiem-

po mismo que ofrecen con una mano el incienso ante el altar, deben con la otra trabajar en la restauracion de las ruinas del templo. En ninguna época tal vez tuvo la iglesia de Jesucristo mas necesidad de una mano robusta que trabajase en defensa de su santa disciplina, como la en que vivió san Carlos Borromeo. Todo se hallaba en un completo desquiciamiento. Las guerras intestinas trabadas entre los príncipes cristianos habian dado lugar á una desmoralizacion universal. Los pueblos veíanse sin pastores que les condujesen por los caminos de la salvacion, porque todos participaban de la corrupcion que, merced á pasiones innobles y vergonzosas, introdujérase hasta en el mismo santuario. El clero en nada se distinguía de los demas fieles; la disciplina estaba abandonada; la herejía levantaba orgullosa su altiva cerviz, y oíanse crugir los fundamentos de la esposa del Cordero, bien así como un edificio vetusto que amenaza próxima ruina.

Entónces fué cuando el Señor, que siempre vela por su iglesia, la dió ese nuevo Simon, que trabajando sin descanso en restaurar las leyes del santuario, la devolviese todo el lustre y esplendor que el trascurso de los años y de los vicios la habian hecho perder. ¡Con cuánto celo se consagró Carlos al servicio de la iglesia! No satisfecho con ayudar al sumo Pontífice su tio con sus consejos, busca todos los medios de llevar á cabo una total reforma en las costumbres. A este fin, ya como un Jeremías hace resonar su voz doliente y á la vez poderosa en la sagrada cátedra, atacando al libertinaje y exhortando á los fieles á la penitencia: ya como un Ezequiel rompe las murallas del templo, esto es, escudriña atentamente las causas de la decadencia de la disciplina que se observa en el sacerdocio, y proporciona los remedios á medida de las necesidades. ¿Se hace preciso desterrar la ignorancia, origen funesto de la corrupcion? Carlos forma una academia de eclesiásticos y seglares, reúne en torno suyo á todos los hombres que se distinguen en todos los ramos de la ciencia; promueve conferencias públicas en donde se discuten y desenvuelven los puntos mas importantes de la disciplina, en donde se bebe el espíritu de los primitivos siglos de la iglesia, y se toman todas las medidas convenientes para restaurarle en toda su santidad y belleza. ¿Conviene hacer reformas saludables en los reinos en donde la herejía ó el cisma han introducido su mortal veneno? Carlos se